

# El Parti Communiste Français y la Segunda República española: el Bienio Reformista (1931-1933)

Roberto Ceamanos Llorens  
*Universidad de Zaragoza*

## 1. Las reformas “Bourgeoises”: ejército, reforma laboral, cuestión agraria y nacionalismos

Hasta la constitución del Frente Popular, la campaña orquestada por el PCF para desacreditar a la Segunda República encontró en el ambicioso programa de reformas del gobierno republicano-socialista el principal blanco de sus ataques. La reforma militar, que tomaba el modelo de la Tercera República francesa y pretendía mejorar la capacidad técnica del ejército, reducir el número de oficiales y someter el poder militar al civil, fue interpretada como un deseo de modernizar el ejército para mejorar su capacidad represora y aplastar la revolución española. Con este propósito, Luis de Zulueta, ministro de Asuntos Exteriores, habría obtenido de las autoridades francesas armamento y asesoramiento militar. En esta misma dirección interpretó *L'Humanité* la intervención de Zulueta en Ginebra ante la Conferencia Internacional de Desarme. El representante español demandaba un descenso en el número de efectivos y en el armamento de los ejércitos, pero éstas no serían sino declaraciones “charlatanesques” pues, en realidad, Francia y España estaban armándose y la mejor prueba de ello era la reforma militar de Azaña. Frente al ejército de la burguesía, el PCF exigía la creación de un ejército popular, la concesión de derechos políticos a los soldados y la supresión de todas las barreras entre éstos y la población.<sup>1</sup> La segunda de las grandes reformas, la laboral, contaba con un ingrediente añadido: la labor del “socialfasciste” Largo Caballero al frente del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, la más fragante de las traiciones de los socialistas que confirmaría el acierto de la estrategia de “clase contra clase” impuesta por el Komintern. En el discurso del PCF, la legislación laboral socialista no mejoraba las condiciones de los trabajadores sino que, por el contrario, perjudicaba sus intereses. Ahogaba la fuerza revolucionaria del movimiento obrero al quedar éste sometido a las vías de conciliación y a unos jurados mixtos similares a las comisiones paritarias de la dictadura de Primo de Rivera, con la cual, tal y como el PCF no se cansaba de recordar, la UGT había colaborado.<sup>2</sup>

El principal problema al que se enfrentaba España para consumir su revolución burguesa era la cuestión agraria. La desigual distribución de la propiedad de la tierra dominaba la vida política y era el principal motor revolucionario al conjugar una serie de ingredientes –injusticia social y combatividad de los obreros agrícolas– que abrían la posibilidad de una inminente revolución. Para resolver esta cuestión se había emprendido una reforma agraria que *L'Humanité* calificaba de “caricature”. El reformismo republicano era incapaz de solucionar los problemas del campo español. En *Monde*, Marc Bernard relacionó las dificultades que encontraba: oposición de los grandes propietarios, insuficientes recursos para pagar las expropiaciones, excesiva burocracia y marginación de los campesinos más pobres. Ello explicaba que apenas se hubieran asentado unos pocos miles de nuevos propietarios. El campesino, sometido a la doble presión feudal y capitalista, acabaría pronunciándose por la lucha de clases que debía canalizarse bajo la dirección del PCE. Sólo

---

<sup>1</sup> Bureau politique du PCF, “Pour la défense de la révolution espagnole (Appel)”, *La Correspondance Internationale*, 8 (30 enero, 1932), p. 82. *L'Humanité*, 13 de febrero de 1932, p. 3.

<sup>2</sup> *L'Humanité*: 23 de julio de 1931, portada y p. 3; y 6 de mayo de 1932, p. 3.

este partido exponía el problema con toda su crudeza y ofrecía una solución eficaz: una reforma radical y rápida que expropiara los latifundios sin indemnización.<sup>3</sup>

Por último, el PCF consideraba al régimen autonómico una concesión burguesa insuficiente y reivindicaba la independencia de las diferentes nacionalidades –gallegos, vascos y catalanes– comprendidas dentro de la República española. Para los comunistas franceses la única solución para el completo reconocimiento de los nacionalismos era la constitución de una Unión Federativa de Repúblicas Socialistas Soviéticas Ibéricas, siguiendo el ejemplo de la Unión Soviética, en realidad más teórico que real.<sup>4</sup> Sin embargo, el PCF lamentaba que sus camaradas españoles no terminaran de comprender la importancia de la cuestión nacional. Menospreciaban el potencial de ruptura que ofrecían los nacionalismos que, siguiendo la estrategia leninista, agotarían la resistencia del Estado burgués. El PCE tenía que seguir las directrices del Komintern que, bajo el lema “A bas l’impérialisme espagnol”, había fijado entre las prioridades de su sección española la lucha por el derecho a la autodeterminación de las naciones “oprimidas” por el Estado español. Este tema interesaba especialmente en el seno del PCF ya que podía redundar en beneficio de la causa comunista en Francia dado que el nuevo modelo autonómico español despertaba los sentimientos nacionalistas al norte de los Pirineos, sobre todo en la Cataluña francesa, donde las autoridades habían apreciado, desde la proclamación de la Segunda República, un incremento del pancatalanismo. Ello explica que la prensa comunista francesa se interesara especialmente por el nacionalismo catalán, informando sobre la historia, la cultura y la política catalanas.<sup>5</sup> Su propósito era “démasquer” al gobierno pequeño burgués de Macià que, al haber renunciado a la independencia a cambio de una promesa de futura autonomía, había traicionado al pueblo catalán. Era el primer acto de claudicación de la burguesía catalana ante el imperialismo español, al que sucederán otros muchos. Así, cuando en abril de 1932 una delegación del PCE se entrevistó con el líder de Esquerra para demandarle el reconocimiento diplomático de la Unión Soviética por parte de la República catalana, éste no atenderá dicha exigencia por ser competencia del Gobierno central. Los republicanos españoles se habían aprovechado del nacionalismo para derrocar a la monarquía, pero después habían olvidado sus promesas, estrategia que se identificaba con la actuación de Mussolini que instrumentalizaba contra los países de la Pequeña Entente las reivindicaciones de las minorías húngaras anexionadas, mientras rechazaba conceder cualquier derecho a la minoría alemana del Tirolo del sur, territorio que el fascismo italiano pretendía desgermanizar. La lección era clara: los estados utilizaban a las minorías nacionales en su propio beneficio. Sólo los comunistas luchaban sinceramente por su autodeterminación. El PCF y el PCE debían canalizar los nacionalismos bajo su dirección para fortalecer la lucha revolucionaria y debilitar a sus respectivas repúblicas burguesas.<sup>6</sup>

En este sentido, el PCF aconsejó a su homólogo español insistir en la reivindicación nacional catalana. En Cataluña la lucha por la representación del proletariado era muy reñida y el PCE no había logrado concitar mucha atención. Había sido superado por los anarquistas en el

---

<sup>3</sup> G. Péri, “Le programme agraire en Andalousie”, *La Correspondance Internationale*, 41 (9 de mayo, 1931), pp. 579-580. G. Péri, “Problèmes actuels. Une nouvelle étape de la révolution espagnole”, *Cahiers du Bolchevisme*, 3 (febrero, 1932), pp. 154-165. *L’Humanité*, 10 de septiembre de 1932, p. 3. J.M.F., “Le problème de la terre en Espagne”, *Monde*, 26 de septiembre de 1931, p. 11. Marc Bernard, “La réforme agraire en Espagne”, *Monde*, 25 de febrero de 1933, p. 5. Nuevas referencias a las dificultades que encontraba en su aplicación la reforma agraria en: A. Rossi, “Après les élections communales en Espagne. La République espagnole en danger”, *Monde*, 6 de mayo de 1933, pp. 4-5. Jacques Dornier, “La nouvelle vague révolutionnaire en Espagne”, *La Correspondance Internationale*, 4 (14 de enero, 1933), pp. 50-51.

<sup>4</sup> *L’Humanité*: 5 y 13 de julio, p. 3; 3 de agosto, portada; 16 y 17 de agosto de 1931, p. 3.

<sup>5</sup> Masferrer, “Un pays qui s’éveille: La Catalogne”, *Monde*, 3 de octubre de 1931, pp. 10-11.

<sup>6</sup> G. Péri, “Les débuts de la république espagnole”, *La Correspondance Internationale*, 38 (29 de abril, 1931), pp. 550-551. D.R., “Les minorités nationales. La mort de Macià et la question catalane”, *L’Humanité*, 26 de diciembre de 1933, p. 3. Secrétariat international contre l’impérialisme, “A bas l’impérialisme espagnol (Appel)”, *La Correspondance Internationale* 42 (19 de mayo, 1931), p. 586. J. Gorkin, “Les problèmes de la Révolution Espagnole. Trois mois de République”, *Monde*, 14 de agosto de 1931, pp. 12-13, p. 13. Sobre el temor francés al catalinismo: “La atención francesa a las cuestiones catalanas”, en Feliciano Páez-Camino, *La significación de Francia en el contexto internacional de la II República (1931-1936)*, Madrid, UCM, 1990, vol. 2, pp. 793-798.

ámbito obrero y por los pequeños burgueses de Esquerra en el rural. Además debía competir, dentro del campo comunista, con la FCCB que se había escindido del PCE y fundado el BOC. El PCE necesitaba reorganizarse en Cataluña. Con este objetivo, el Komintern decidió, a finales de octubre de 1932, que la organización regional catalana del PCE se constituyera en PCC para participar en la lucha por apropiarse del sentimiento nacional catalán. Este partido comenzó a funcionar el 9 de noviembre con la publicación del primer número de *Catalunya Roja*. Sin embargo, su programa político era similar al del PCE -oposición al régimen republicano por burgués y contrarrevolucionario, crítica al resto de las formaciones de izquierda, denuncia del estatuto y exigencia de la liberación de Cataluña hasta la independencia si hiciera falta- y el Komintern estableció que, para no debilitar a su sección española, el nuevo partido quedara sometido a Madrid por la vía del centralismo y la doble militancia de sus dirigentes.<sup>7</sup>

## 2. “Socialfascistes” y “Anarchofascistes”: líderes traidores y bases traicionadas

El principal argumento utilizado por el PCF contra socialistas y anarquistas, corrientes mayoritarias del movimiento obrero español, residió en la convicción de que ambas traicionaban la causa obrera. Los socialistas por apoyar las reformas republicanas y los anarquistas por organizar insurrecciones que descomponían al movimiento obrero. Los líderes social-demócratas “à la Caballero et à la Besteiro” y los jefes anarquistas estaban al servicio de la contrarrevolución que aplicaba en España el viejo adagio romano de “divide et vinces”.<sup>8</sup> Los socialistas desempeñaban la misma función de contención del proletariado que habían desempeñado durante la dictadura de Primo de Rivera. El partido socialista y su sindicato servían fielmente a la burguesía a cambio de controlar importantes espacios de poder. Esta colaboración confirmaba su carácter “socialfasciste”, acusación que se insertaba en un contexto internacional de intenso enfrentamiento entre comunistas y socialistas. Así, en el informe publicado por el Buró Político del PCF con motivo de las insurrecciones anarquistas de enero de 1932, las críticas al PSOE se extendieron a las restantes socialdemocracias europeas a las que se acusaba de favorecer la represión gubernamental, si bien la ignominia de los socialistas españoles superaría a la de sus colegas europeos: “les Caballero et les Prieto, les Ríos et les Saborit ont dépassé dans leur voie sanglante, les Noske et les Scheidemann, les Zoergiebel et les Grzesinski!”.<sup>9</sup>

Para el PCF, que no perdonaba a los anarquistas el fracaso de su homólogo español en su intento de consolidar el Comité de Reconstrucción de la CNT, el anarquismo español era enemigo de la unidad sindical de clase y su apoliticismo favorecía la derrota electoral de la clase trabajadora, pero eran, sobre todo, las huelgas insurreccionales anarquistas las que causaban el mayor perjuicio al proletariado. Convocadas para instaurar el socialismo libertario, estaban basadas en estrategias erróneas. Sin la debida organización y sin un objetivo concreto, estaban condenadas al fracaso y proporcionaban una fácil excusa a la represión gubernamental, debilitando al movimiento obrero de cara a la futura revolución bolchevique.<sup>10</sup> *L'Humanité* y *Cahiers du Bolchevisme* siguieron con interés el desarrollo de la primera de las insurrecciones anarquistas que se desarrolló entre diciembre de 1931 y enero de 1932. Aunque no negaban la importancia de la presencia anarquista, afirmaban que el PCE era quien llevaba a cabo la estrategia correcta, centrada en crear un frente único por la base

<sup>7</sup> “Le P.C. catalan fixe dans son congrès ses tâches révolutionnaires”, *L'Humanité*, 19 de junio de 1934, p. 3.

<sup>8</sup> *L'Humanité*, 19 de enero de 1932, p. 3. André Marty, “Un nouveau pas en avant de la Révolution espagnole”, *Cahiers du Bolchevisme*, 23 (diciembre, 1932), pp. 1461-1466. “Social-démocratie et anarcho-réformisme”, en G. Péri, “Problèmes actuels...”, art. cit., pp. 159-160.

<sup>9</sup> “Chefs socialistes, anarchistes et trotskistes contre les intérêts de classe des travailleurs”, en J. Duclos, “La vie internationale. Les événements d’Espagne”, *Cahiers du Bolchevisme*, 5 (mayo, 1931), pp. 379-387, pp. 382-385. J. Dornier, “La nouvelle vague...”, art. cit. “Social-démocratie et anarcho-réformisme”, en G. Péri, “Problèmes actuels...”, art. cit., pp. 159-160. Buró político del PCF, “Pour la défense...”, art. cit. *L'Humanité*, 24 de enero de 1932, p. 3.

<sup>10</sup> “Chefs socialistes, anarchistes et trotskistes contre les intérêts de classe des travailleurs”, en J. Duclos, “La vie internationale...”, art. cit. “Le socialisme et l’anarchisme”, en Jacques Dornier, “Où en est la Révolution espagnole?”, *Cahiers du Bolchevisme*, 10 (mayo, 1932), pp. 665-672, pp. 667-669. J. Dornier, “La nouvelle vague...”, art. cit.

con las restantes fuerzas obreras que ya habría conseguido atraerse a elementos de la UGT y de la CNT, prueba inequívoca de las posibilidades de éxito de la política de unidad bajo dirección comunista.<sup>11</sup> Los sucesos de Castilblanco y Arnedo fueron recogidos por la prensa del PCF como muestra de la combatividad del campesinado español y de la política represiva de su gobierno, mientras que el fracaso de la huelga general en la cuenca minera del Llobregat, donde el comité revolucionario había proclamado el comunismo libertario, evidenciaba lo acertado de las críticas de Engels en *Les bakounistes au travail*, obra en la que se recordaba como los anarquistas españoles, allí donde habían conquistado el poder durante la revolución de 1873 habían demostrado no poseer ninguna perspectiva revolucionaria.<sup>12</sup>

Sofocado el movimiento anarquista, el PCE convocó una huelga política de cuarenta y ocho horas los días 25 y 26 de enero para protestar por la matanza de Arnedo. Los anarquistas volvieron a errar al calificar la huelga comunista de “privée” y no participar en ella. Pese a ello, esta huelga tuvo un éxito “incontestable” y muchos anarquistas, desobedeciendo las órdenes de sus jefes, habrían participado en ella junto a los comunistas, demostrando nuevamente la posibilidad de alcanzar el frente único por la base. Éste fue el caso de Sevilla y otras poblaciones del sur donde la huelga habría sido completa hasta que la represión terminó con el movimiento huelguístico. Una vez más se comprobaba la verdadera naturaleza de la República de Abril, “la République des fusilleurs des ouvriers”. A resultas de las recientes insurrecciones, se prohibieron los periódicos comunistas y anarquistas, se realizaron numerosas detenciones y ciento diecinueve revolucionarios fueron deportados a Guinea en aplicación de la Ley de Defensa de la República, una de las normas más criticadas por el PCF. En *Monde*, Gorkin comparaba esta situación con los momentos finales de la Primera República, cuando el Gobierno sometió el movimiento cantonalista mientras la reacción preparaba el golpe de Estado del general Pavía. El pueblo, afirmaba, no iba a dejar que se repitiera la historia.<sup>13</sup>

Tras los sucesos de enero de 1932, Gabriel Péri reflexionó sobre el caso español en *Cahiers du Bolchevisme*, concluyendo que las posiciones se habían polarizado -el proletariado y la pequeña burguesía se aproximaban a las posiciones del PCE, mientras que los grandes propietarios y la burguesía se mostraban partidarios de la solución fascista para frenar la revolución. El balance de los primeros meses de República era desalentador. Apenas se habría hecho algo más que cambiar el color de la bandera. Al tiempo que glorificaban su República inmaculada, la burguesía y la socialdemocracia habían intentado evitar la revolución: “la révolution est finie. Voilà quel a été le mot d’ordre! Consolidons la République!”. Para ello se había forjado una nueva alianza entre las clases dominantes que habían abierto sus puertas a la burguesía para ampliar su base, y a ella se habían sumado el “socialfascisme” y el “anarchoréformisme”, necesarios para controlar a las masas obreras y campesinas. La revolución española de Abril se comparaba en este punto con la rusa de Febrero de 1917. Ambas habían sido tentativas burguesas para, sacrificando al rey Alfonso XIII y al zar Nicolás II respectivamente, frenar el proceso revolucionario. “La bourgeoisie espagnole a profité à sa manière de l’expérience de la période kerenskiste”, afirmaba Péri. Sin embargo, en España sucedería como en Rusia, donde Kerenski había sido desbancado del poder por la Revolución de Octubre. La conflictividad aumentaba favorecida por la crisis que afectaba a las capas más necesitadas. El desempleo adquiriría proporciones catastróficas y muchas obras públicas que habían dado trabajo a miles de obreros se habían suspendido por falta de presupuesto. Las condiciones de los trabajadores del campo eran, si cabe, aún peor. Los precios de los productos agrícolas habían caído en picado y los jornaleros eran explotados por latifundistas, intermediarios y usureros.<sup>14</sup>

---

<sup>11</sup> *L’Humanité*: 16 de enero, p. 3; 20 de enero, portada y p. 3.; 21 de enero, p. 3; y 22 y 23 de enero de 1932, portada y p. 3.

<sup>12</sup> “Le socialisme et l’anarchisme”, en J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit.

<sup>13</sup> *L’Humanité*, 15 de febrero de 1932, p. 3. “Le sommet de la vague gréviste”, en J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit., entrecomillado en p. 665. J. Gorkin, “Déporter les révolutionnaires c’est sauver la République”, *Monde*, 20 de febrero de 1932, p. 5.

<sup>14</sup> G. Péri, “Problèmes actuels...”, art. cit., pp. 157-159.

Para poner fin a esta situación había que movilizar al proletariado y destruir las fuerzas de la contrarrevolución. El PCE debía dirigir este proceso pero, aunque ganaba cada día más adeptos, todavía era minoritario. La mayoría de los obreros seguían al lado de los “socialfascistas” y los anarchofascistas”. La “révolution espagnole” no tendría asegurada su victoria hasta que se erradicase su influencia. Sin embargo, los comunistas franceses echaban en falta un mayor esfuerzo de sus camaradas españoles en esta dirección. La política del PCE no había sido tan firme como hubiera sido deseable, en parte porque consideraba a la FAI una organización revolucionaria próxima. Había que desterrar esta idea. Las insurrecciones anarquistas eran asaltos desesperados muy alejados de las verdaderas revoluciones, consecuentes y con un objetivo determinado. Así se pudo comprobar nuevamente cuando, en enero de 1933 y tras una oleada de huelgas y ocupación de tierras, los jefes anarquistas llamaron a los trabajadores a otro levantamiento con idénticas consecuencias que el anterior. La protesta se extendió sin mucho éxito por tierras de Aragón y Valencia. *L'Humanité*, que recogió esta insurrección con amplio detalle, concluía que los trabajadores españoles luchaban con valor pero, engañados por los jefes anarquistas, no podían triunfar. Era preciso desenmascarar el “aventurisme” anarquista, mostrar su carácter pequeño-burgués, su inestabilidad y su tendencia a huir en el momento decisivo. El PCE debía acentuar sus críticas contra los líderes anarquistas y distinguir entre éstos y las bases. Era fundamental que los comunistas españoles se acercaran a los obreros anarquistas y los ganasen para su causa.<sup>15</sup>

### 3. La recomposición de la dirección del PCE

La impotencia del PCE, incapaz de convertirse en la “force motrice générale” de la revolución, colmó la paciencia del Komintern, contrariado también por las malas relaciones entre sus delegados y la dirección del PCE, encabezada por José Bullejos. En estas circunstancias, la Internacional Comunista decidió buscar un responsable de la precaria situación de su sección española y lo encontró precisamente en su dirección, a la que acusó de actuar con métodos sectarios que impedían al Partido convertirse en una organización de masas que atrajera a los obreros socialistas y anarquistas. Al igual que había sucedido poco antes en el seno del PCF con la eliminación del “groupe” Barbé-Célor y la consolidación de Thorez al frente del Partido, la dirección del PCE fue descalificada y expulsada del Partido y de la Internacional Comunista en octubre de 1932 y sustituida por una nueva dirección al frente de José Díaz. Poco más cambio. Como había sucedido en Francia, la nueva ejecutiva mantuvo la línea de “clase contra clase” propugnada por el Komintern que, a través de sus delegados, reforzó su autoridad sobre ambas secciones.

La prensa del PCF siguió los pasos de este conflicto, apoyando sin fisuras las directrices de Moscú. El primer capítulo de este desencuentro se produjo cuando, con motivo del IV Congreso del PCE (1932), el Komintern dirigió una carta abierta a los militantes del PCE que su dirección intentó ocultar por ser crítica con su actuación.<sup>16</sup> Un nuevo motivo de desavenencias surgió a raíz del golpe de Estado del general Sanjurjo. En la interpretación del PCF, el fracaso de la “sanjurjada” se debía en gran medida a la actuación del PCE, pero este optimismo no podía esconder el desencuentro entre el Komintern y su sección española. Moscú había indicado que, en caso de sublevación monárquica, el PCE no debía sostener jamás al gobierno, sino luchar como fuerza independiente contra todo complot contrarrevolucionario, aprovechando tal ocasión para armar a los trabajadores y conquistar nuevas posiciones. Sin embargo, en el momento del golpe, los dirigentes del PCE, ante el riesgo de involución, lanzaron la consigna de “defensa de la República”

<sup>15</sup> *L'Humanité*: 28 de octubre, portada; 17, 21 y 26 de noviembre, p. 3; 10-14 de diciembre, portada y p. 3; 4, 7, 9, 11-16, 18 y 29 de diciembre de 1932, p. 3; y 4 de enero de 1933, p. 3. “La lutte contre l’anarchisme”, en J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit., pp. 669-670.

<sup>16</sup> *L'Humanité*: 15 de enero y 31 de marzo de 1932, p. 3. J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit. J. Duclos, “Après l’exclusion d’Adame, Trilla, Vega et Bullejos du P.C. d’Espagne et de l’Internationale communiste. Les étapes de la trahison”, *La Correspondance Internationale*, 99 (26 de noviembre, 1932), pp. 1144-1145.

que, a juicio del Komintern, significaba supeditarse a la burguesía, por lo que les acusó de seguir una línea política oportunista y contrarrevolucionaria, y les exigió una autocrítica a su proceder.<sup>17</sup>

Desde la proclamación de la República, la dirección del PCE habría cometido numerosos errores. No había sido capaz de canalizar el caudal revolucionario de obreros y campesinos, ni había comprendido el carácter de la revolución burguesa. No había entendido la importancia de eliminar los vestigios del feudalismo, sobre todo la relevancia de la revolución agraria, “aspect central de la révolution démocratique espagnole”. Tampoco había apreciado la formidable carga revolucionaria que contenían en su seno los nacionalismos. Si el PCE era todavía débil en Cataluña era porque Bullejos no había querido seguir las directrices que le aconsejaban defender la causa de los nacionalismos. Los nuevos dirigentes tenían ante sí una ardua tarea. Debían renovar la organización y vida interior del Partido, lograr la “union fraternelle” de la clase obrera y campesina y dirigir su lucha para terminar con su explotación. El proletariado español no necesitaba más grupos sectarios, débilmente relacionados entre ellos y sin contacto permanente con las fábricas, sino un partido bolchevique de masas que poseyera una dirección fuerte y activa que trabajara colectivamente y ligada a las masas. Tenía que crear comités de fábricas y de campesinos, organizaciones que le ayudarían a convertirse en una fuerza decisiva en el mundo del trabajo y que le facilitarían la conquista de los sindicatos y la creación de los soviets. La exclusión del grupo de renegados que lo había dirigido permitía ser más optimistas de cara al futuro. El PCE tenía ante sí la tarea de liquidar su legado ideológico, corregir sus faltas estratégicas, proporcionar una dirección adecuada y aplicar correctamente la táctica de frente único preconizada por el Komintern.<sup>18</sup>

El “groupe” de Bullejos había sido excluido por “trahir” a la revolución española, al PCE y a la Internacional Comunista. Estos ex dirigentes, afirmaba André Marty, concluirían su traición pasándose al enemigo, tal y como habían hecho tantos renegados. Este había sido el caso de Ludovic Oscar Frossard en Francia –“larbin” del imperialismo francés-, Paul Lévy en Alemania y Karl Kilbom en Suecia, antiguos comunistas convertidos a la socialdemocracia. Bullejos pretendía hacer valer su pasado recordando que había estado preso durante la monarquía, pero el pueblo debía aprender, una vez más, de las enseñanzas que le proporcionaba la Revolución Bolchevique. Los mencheviques también habían sufrido prisión durante el zarismo y, sin embargo, se pasaron al campo de los enemigos del proletariado y llamaron a la intervención militar de los estados imperialistas contra la Unión Soviética. El camino de Bullejos y los suyos era el de la contrarrevolución. Saber si atravesarían la etapa trotskista o pasarían abiertamente al campo del fascismo tenía ya una importancia secundaria. Lo relevante ahora era que, una vez libre del lastre de la anterior dirección, el PCE no tardaría en alcanzar la posición que tenía reservada.<sup>19</sup>

#### 4. España, Francia y Europa: la amenaza del fascismo

El PCF interpretó el auge del fascismo como un paso más en la estrategia de la burguesía contrarrevolucionaria para frenar los procesos revolucionarios. Llevaba una década asentado en Italia y ahora se asistía a su imparable ascenso en Alemania. No debe extrañar por ello la gran preocupación que despertó entre los comunistas franceses el crecimiento de las ligas de extrema derecha en su propio país y el incremento de la actividad de las fuerzas contrarrevolucionarias en España. El llamamiento al pueblo español realizado desde el exilio por Alfonso XIII para que éste

---

<sup>17</sup> *L'Humanité*, 11 de agosto de 1932. J. Dornier, “Les derniers événements d'Espagne et leurs enseignements”, *La Correspondance Internationale*, 78 (17 de septiembre, 1932), p. 875-876.

<sup>18</sup> *L'Humanité*, 25 de enero de 1932, portada y p. 3. “La lutte des ouvriers et des paysans”, “La poussée des masses vers le communisme” y “La tâche du PCE”, en G. Péri, “Problèmes actuels...”, art. cit., pp. 155-156, 157 y 161, respectivamente. “Le Parti communiste à la tête des masses” y “Le sommet de la vague gréviste”, en J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit., pp. 665-667 y 670-672, respectivamente. J. Dornier, “La nouvelle vague...”, art. cit. Los entrecomillados en: J. Duclos, *Mémoires. Tome II, 1935-1939. Aux tours ensoleillés du Front Populaire*, Paris, Fayard, 1969, p. 97.

<sup>19</sup> André Marty, “Un nouveau pas en avant...”, art. cit.

retornase a la monarquía y la demanda de Lerroux de un gobierno fuerte evidenciarían el riesgo de caer en las garras del fascismo.<sup>20</sup>

Las informaciones de *L'Humanité* mostraban el avance de la solución fascista entre las fuerzas conservadoras. Durante la celebración del primer aniversario de la República el pueblo había estado ausente de las celebraciones. La burguesía en cambio había acudido al desfile militar del Paseo de la Castellana y había aplaudido entusiasta el paso de la Guardia Civil, simbolizando así su apoyo a la política represiva de los gobernantes republicanos que habían establecido leyes de excepción calcadas de la legislación fascista de Mussolini en Italia o socialdemócrata de Karl Severing en Alemania, y creado un cuerpo policial de confianza: la Guardia de Asalto. Ante esta situación, el clima de insatisfacción se extendía por todos los rincones del país. Las reformas de Largo Caballero habían defraudado a los trabajadores y el rechazo al nacionalismo vasco y catalán era utilizado por el líder de la derecha Gil Robles que recorría el país encendiendo a la población con su oratoria sobre el desmembramiento de la unidad española. El entusiasmo desbordante de abril de 1931 se desvanecía, tal y como afirmaba Georges Altman quien, tras un viaje por el País Vasco, Cataluña y Madrid, comentaba en *Monde* –semanario del que fue uno de sus principales impulsores- que la “mystique” republicana se agotaba ante el incumplimiento de las promesas republicanas. En un momento en el que la contrarrevolución intentaba extender la violencia para justificar un complot reaccionario, era preciso impulsar la revolución que, como había quedado de manifiesto en la quema de conventos en mayo de 1931, en las jornadas revolucionarias de julio en Sevilla y de septiembre en Zaragoza o en la insurrección anarquista de enero de 1932 en Cataluña, permanecía latente. Se trataba de la revolución bolchevique, la iniciada en 1917 por los combatientes de Kronstadt y Petrogrado, “la voie des Soviets”.<sup>21</sup>

El temor a esta revolución fomentaba las conspiraciones monárquicas. La burguesía estaba dispuesta a instaurar una dictadura con tal de no perder el poder, y con este fin Sanjurjo, Lerroux y Maura conspiraban con generales y jefes de policía del antiguo régimen.<sup>22</sup> La principal intentona tendrá lugar a comienzos de agosto cuando el general Sanjurjo protagonice su frustrado golpe de Estado en Sevilla, intentona que fue ampliamente recogida por *L'Humanité*. Marius Magnien, adjunto de Gabriel Péri en la sección internacional, incluía este golpe dentro de un amplio movimiento contrarrevolucionario de profundas raíces que conectaba con los monárquicos, pero también con los intentos de Lerroux por imponer en España una república conservadora y antiobrera, sobre todo desde que en diciembre de 1931 el líder radical hubiera rechazado participar en el ministerio de Azaña. Lerroux y el Partido Radical se habrían convertido en el punto donde convergían todas las fuerzas de la contrarrevolución. Era lo que denominaba “front unique bourgeois”, alianza entre reaccionarios y radicales que demostraría la necesidad de emprender sin demora la revolución proletaria, máxime cuando el gobierno republicano no actuaba con la suficiente energía contra los conspiradores contrarrevolucionarios, tibieza que contrastaba con la dureza empleada para reprimir a los comunistas.<sup>23</sup>

En los meses siguientes, y ante el alarmante ascenso del fascismo en Europa, la amenaza de la contrarrevolución se convirtió en la máxima preocupación de los comunistas franceses que se hicieron eco de la carta abierta dirigida en marzo de 1933 por las organizaciones comunistas

<sup>20</sup> *L'Humanité*: 22 y 28 de febrero de 1932, p. 3.

<sup>21</sup> *L'Humanité*, 1932: 14-15 y 17-19 de febrero, p. 3; 16 y 25 de febrero, portada y p. 3; 7 y 14 de marzo, portada y p. 3; 20, 23-25 y 30 de marzo, p. 3; 14-15 de abril, portada; 5, 7, 9, 16, 17, 23 y 27 de abril, p. 3; 4 de mayo, portada; 14, 18, 21-22, 25-26, 29-31 de mayo, p. 3; 1, 3 y 4 de junio, p. 3; 8-12, 14, 20, 22 y 29 de junio, p. 3; y 10 y 12 de julio, portada; y 30 de julio, p. 3. J. Gorkin, “Le premier anniversaire de la République espagnole”, *Monde*, 30 de abril de 1932, p. 11. G. Altman, “De la mer cantabrique à la mer catalane. Espagne, terre vivante. Notes d'un voyage”, *Monde*, 8 de octubre de 1932, p. 8. A.N., “République oblige... Ce que Sanjurjo voulait ramener”, *Monde* 20 de agosto de 1932, p. 20. J. Dornier, “Où en est la Révolution...”, art. cit.

<sup>22</sup> “Vers une dictature fasciste ouverte”, en G. Péri, “Problèmes actuels...”, art. cit., pp. 157-159. *L'Humanité*, 16 de junio, p. 3; y 17 de junio de 1932, portada.

<sup>23</sup> *L'Humanité*, 11-13 de agosto, portada y p. 3. Consejo de guerra contra los golpistas: *L'Humanité*, 18 y 25 de agosto de 1932 y 20, 22 y 25 de junio de 1933, p. 3. Tibieza con los golpistas: *L'Humanité*, 27 de agosto de 1932, p. 3. Detención de comunistas: *L'Humanité*, 18 de septiembre de 1932, p. 3.

españolas a socialistas y anarquistas. En ella se llamaba la atención sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Alemania y se proponía la constitución de un frente único contra el fascismo, así como una serie de medidas dirigidas a derrotar a la contrarrevolución: creación de comités antifascistas, disolución de los cuerpos policiales y de las organizaciones monárquicas y fascistas, prisión para los jefes reaccionarios y libertad para los presos políticos.<sup>24</sup> Había que tomar la iniciativa ante las vacilaciones de la República española que, en opinión de Marcel Cachin, no actuaba con la suficiente firmeza contra el fascismo. Tras la “sanjurjada”, se habían producido sangrientos incidentes en la localidad zaragozana de Letux y otros graves altercados en la huelga general convocada en Granada, en la huelga de los obreros de la construcción en Valencia o en la huelga general de Bilbao.<sup>25</sup> Sin embargo, pese a los rumores de golpe de Estado, los socialistas españoles cometían los mismos errores que los socialdemócratas alemanes Otto Wels y Karl Zoergiebel, quienes habían colaborado con la represión. Wels, comandante militar de Berlín, había aplastado la insurrección espartaquista (1919) y Zoergiebel, comisionado de la policía en Berlín, había ordenado el brutal ataque del Primero de Mayo contra los manifestantes del KPD (1929). Ante la traición de la socialdemocracia, la única esperanza que le quedaba al proletariado eran los partidos comunistas.<sup>26</sup> Pero en España, pese a la popularidad de la Unión Soviética, el PCE seguía sin estar preparado para tomar el poder. En palabras de Paul Vaillant-Couturier, debía prepararse tal y como lo venía haciendo el PCF desde hacía una década.<sup>27</sup>

A lo largo del verano de 1933, los análisis del PCF insistieron en la proximidad de un estallido revolucionario. A la inestabilidad gubernamental se sumaba la crisis económica que castigaba duramente al país y provocaba huelgas por doquier. Estábamos ante el inicio de una nueva etapa revolucionaria que la burguesía intentaba evitar reforzando el sistema represivo con medidas tales como la aprobación, en julio de 1933, de la Ley de Orden Público que sustituía a la Ley de Defensa de la República y confería al ejecutivo poderes excepcionales.<sup>28</sup> En éste y otros temas incidió Jacques Duclos a comienzos de agosto durante los diferentes mítines en suelo español en los que tuvo la oportunidad de participar. El día 1 compartió tribuna con Dolores Ibárruri y José Díaz en Irún. Al día siguiente participó en dos nuevos mítines, en Portugaleta y en Gallarta. Finalmente, el 3 de agosto intervino en un acto en Bilbao al que habrían acudido no sólo comunistas, sino también socialistas, anarquistas y nacionalistas atraídos por la política de liberación del PCE. Estos actos, declara Duclos, mostraban la firme voluntad del PCF de colaborar con sus camaradas españoles, fortalecían la acción revolucionaria conjunta y mostraban la voluntad de las bases por alcanzar el frente único.<sup>29</sup> Pero nada se lograría si no se vencía a las fuerzas monárquicas que continuaban conspirando apoyadas por el fascismo español sin que los socialistas hicieran nada por impedirlo. Prieto y Caballero seguían el ejemplo de la República de Weimar donde los socialistas habían colaborado con gobiernos que había dado alas al nazismo. Ante el deterioro de la situación y la pasividad socialista, la única salida era el PCE, partido que, gracias al reconocimiento de la Unión Soviética por el gobierno español en julio de 1933, comenzaba a superar su aislamiento.<sup>30</sup>

Las difíciles circunstancias políticas que atravesaba el país desembocaron, a comienzos de septiembre, en la crisis provocada por Alcalá Zamora al retirar su confianza al ejecutivo de Azaña y forzar su dimisión. Era el momento de la contrarrevolución dirigida por los radicales cuyo líder

---

<sup>24</sup> *L'Humanité*, 27 de marzo de 1933, p. 3. “La crise gouvernementale en Espagne”, *La Correspondance Internationale*, 25-26 (1 de abril, 1933), p. 367.

<sup>25</sup> Enfrentamientos con huelgistas: *L'Humanité*, 24 y 27 de agosto y 4 y 5 de septiembre de 1932, p. 3. Huelga general en Granada: *L'Humanité*, 17 y 18 de agosto de 1932, p. 3. Incidentes de Letux: *L'Humanité*, 20 de agosto de 1932, p. 3. Huelga en Valencia: *L'Humanité*, 7 de septiembre de 1932, portada y p. 3. Huelga general en Bilbao: *L'Humanité*, 16 de septiembre de 1932 p. 3.

<sup>26</sup> *L'Humanité*, 10 de mayo de 1933, p. 2.

<sup>27</sup> P. Vaillant-Couturier, “Espagne: République sang et or. Révolution”, *L'Humanité*, 30 de abril y 1 de mayo de 1933, portada y p. 2. El entrecomillado el día 30, p. 2.

<sup>28</sup> Paul Louis, “La crise espagnole. Azaña remplace Azaña”, *Monde*, 17 de junio de 1933, p. 3. Noticias sobre huelgas, *L'Humanité*: 9, 12-13, 18-19, 21 y 27 de agosto, 5 y 8 de septiembre y 13 de octubre de 1933, p. 3.

<sup>29</sup> J. Duclos, *L'Humanité*, 5 de agosto de 1933, p. 3.

<sup>30</sup> G. Péri, “L'URSS et l'Espagne”, *L'Humanité*, 29 y 30 de julio de 1933, p. 3.



Lerroux había quedado encargado de formar gobierno en un intento de la burguesía por resolver la inestabilidad política concentrando todas sus fuerzas y gobernando dictatorialmente. Sin embargo, los breves gabinetes de concentración republicana que se sucedieron carecían del suficiente apoyo parlamentario por lo que se disolvieron las Cortes y se convocaron nuevas elecciones generales. A resultas de la experiencia del Bienio Reformista que llegaba a su fin, el pueblo debía aprender la lección: la política reformista apoyada por los socialistas había sido un fracaso y sólo había servido para facilitar el ascenso del fascismo. La deslealtad de los socialistas españoles con la clase obrera se repetía por toda Europa y justificaba el calificativo de “socialfascistes” con el que los comunistas les descalificaban: “Otto Braun, lui aussi, avait dispersé des manifestations communistes. Grzesinsky, lui aussi, avait fait fusiller des prolétaires. Severing, lui aussi, avait forgé des lois d’exception”.<sup>31</sup>

España se preparaba para unos nuevos comicios cuando la presencia del fascismo se hacía más amenazante que nunca, peligro que *L’Humanité* ejemplarizó con la fundación de Falange Española en octubre de 1933. Esta organización estaba liderada por José Antonio Primo de Rivera, hijo del anterior dictador, circunstancia que fortalecía la identificación entre contrarrevolución y fascismo.<sup>32</sup> Los fascistas, en complicidad con la policía, estaban detrás de la violencia que se ejercía contra los comunistas. Eran los asesinos del dirigente comunista catalán Ramón Casanellas que, junto al camarada Francisco del Barrio, había muerto en un accidente de tráfico simulado.<sup>33</sup> En este tenso ambiente, el PCE inició la campaña electoral con un mitin en el cine *Europa* de Madrid en el que intervino Maurice Thorez que se encontraba en la capital asistiendo a una reunión del Comité Central del PCE. En su intervención destacó la solidaridad entre los pueblos español y francés y criticó a los socialdemócratas alemanes, austriacos y checoslovacos por colaborar con gobiernos burgueses que no se habían opuesto al ascenso del fascismo: “les socialistes au pouvoir font le lit du fascisme”, afirmaba el secretario general del PCF.<sup>34</sup> Por su parte, *L’Humanité* colaboró en la campaña electoral del PCE de la única manera que sabía: publicando nuevos balances y noticias extremadamente negativas del régimen republicano.<sup>35</sup>

## 5. La colaboración entre imperialismos

El triunfo del segundo Cartel des Gauches en mayo de 1932 llevó al radical Édouard Herriot al poder con el apoyo de la SFIO. Al coincidir gobiernos progresistas a ambos lados de los Pirineos, todo parecía indicar que las dos repúblicas actuarían a partir de ese momento con mayor armonía, máxime cuando el sucesor de Tardieu se encontraba más aislado por las tensiones internacionales y el fracaso de la Conferencia Internacional de Desarme. Sin embargo, en los análisis del PCF no importaba quien estuviera al frente del ejecutivo. Conservadores, radicales y progresistas protegían siempre los intereses de la burguesía y fomentaban la colaboración imperialista. Este último tema, el de la complicidad entre los imperialismos francés y español, centró gran parte de la atención de la prensa del PCF, especialmente a partir de la visita de Édouard Herriot a Madrid en el otoño de 1932.<sup>36</sup>

<sup>31</sup> Sobre la crisis ministerial, *L’Humanité*: 10-12 y 16 de junio, 3, 17 y 24 de julio de 1933, p. 3. G. Péri, “Le complot fasciste et l’offensive du gouvernement contre les ouvriers”, *L’Humanité*, 27 de julio de 1933, p. 3. *L’Humanité*: 9-11 de septiembre, p. 3; G. Péri, “Lerroux et l’offensive fasciste”, 12 de septiembre, p. 3; “Le ministère Lerroux et les communistes espagnols”, 14 y 18 de septiembre, p. 3; y 3-10 de octubre de 1933, p. 3. La cita es de G. Péri y se publicó el día 10.

<sup>32</sup> *L’Humanité*, 16 de octubre de 1933, p. 3.

<sup>33</sup> *L’Humanité*, 29 de octubre y 1 de noviembre, p. 3; y 2 de noviembre de 1933, portada.

<sup>34</sup> *L’Humanité*, 2 de noviembre de 1933, portada y p. 3.

<sup>35</sup> *L’Humanité*, 4 de noviembre de 1933, portada y p. 3; y 13, 14, 17-19, 22 y 24 de noviembre; 4-5 de diciembre, portada y p. 3; y 6 y 8 de diciembre de 1933, p. 3.

<sup>36</sup> La visita de Herriot ha sido objeto de atención por la historiografía española: Ángeles Egido, *La concepción de la política exterior española durante la II República*, Madrid, UNED, 1987, pp. 133-155; Feliciano Páez-Camino, *La significación de Francia...*, *op. cit.*, pp. 704-747; Francisco Quintana, *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Madrid, Nerea, 1994, pp. 132-143. Escaso interés ha despertado entre los historiadores franceses. Una excepción es: Michel Soulié, “Voyage au pays de la République”, en M. Soulié, *La vie politique d’Édouard Herriot*, París, A. Colin, 1962, pp. 397-398.

Los motivos que tenía Francia para aproximarse a España eran principalmente estratégicos. París, que se había alejado de sus tradicionales aliados británicos, temía la política expansiva italiana y, sobre todo, la alemana. Por ello buscaba nuevas alianzas, aunque fuera con países de segunda fila como España. Además, veía en su situación geográfica una posición clave para su defensa. Por su estratégica posición en las rutas marítimas francesas, le convenía que las Islas Baleares estuvieran en manos de un país amigo. De gran importancia era, igualmente, el Marruecos español. Por él podrían pasar las tropas coloniales francesas en caso de que tuvieran que acudir en ayuda de la metrópoli. Existía pues un claro interés francés por estrechar relaciones con España, propósito que estaba en el origen del viaje de Herriot. A ello se sumaban sus simpatías por la República española y el carácter francófilo de los líderes republicanos.<sup>37</sup> Sin embargo, la mayor parte de la opinión pública no veía con buenos ojos esta visita. En España se temía que la presión francesa aumentara los compromisos exteriores en detrimento de su tradicional neutralidad. El propio Herriot recuerda en sus memorias cierto ambiente hostil que le acompañó en su estancia a causa de esta creencia.<sup>38</sup> A la virulenta oposición de las derechas, tradicionalmente francófobas y con una profunda animadversión hacia Herriot, se sumaron anarquistas y comunistas. Hay que recordar que aún no se había consumado el acercamiento franco-soviético por lo que el PCE se oponía a cualquier acuerdo militar con Francia. Incluso los republicanos de izquierdas y los socialistas, preocupados también por mantener la neutralidad, dieron a esta visita un significado esencialmente simbólico.

La prensa del PCF fue una de las que más insistió a la hora de insinuar la firma de acuerdos secretos que ligarían los intereses de ambos países. Para *L'Humanité*, estas negociaciones habrían sido gestadas por sus respectivos embajadores -Jean Herbette y Salvador de Madariaga, dos de los principales partidarios de este acercamiento- y discutidas durante las estancias de los socialistas Antonio Fabra en París y Léon Jouhaux en Madrid. Francia pretendería que la joven República autorizara el traslado de su ejército por el Marruecos español y colaborara en la pacificación de sus posesiones norteafricanas. A cambio, el imperialismo francés ayudaría a los republicanos españoles a superar la grave crisis política y financiera que padecía España. La primera se resolvería creando una fuerza internacional contra la agitación comunista y la segunda se paliaría con los créditos que el Banco de Francia había concedido al gobierno español a cambio de sustanciosos intereses. Todo ello redundaba en beneficio del imperialismo francés que necesitaba la consolidación de un gobierno fuerte en España.

La colaboración entre los imperialismos español y francés tuvo por escenario principal el norte de África. España nunca había llegado a ocupar efectivamente todos los territorios que tenía asignados, pero Francia necesitaba que estuvieran bajo control para evitar que se convirtieran en un refugio para las tribus independientes del sur de Marruecos. Por esta razón, los comunistas franceses sospechaban que su gobierno estaba dispuesto a ceder sus derechos sobre Tánger a España a cambio de que ésta renunciase a Ifni y Río de Oro, colonias que serían ocupadas por el ejército francés y dejarían de ser un refugio para los rebeldes. No obstante, como estas negociaciones provocaban el rechazo de las restantes potencias coloniales que se oponían a un aumento de la presencia francesa, la cooperación entre ambos imperialismos se tenía que limitar a acciones bélicas encaminadas a eliminar la resistencia indígena. Las negociaciones entre la diplomacia española y francesa habían logrado, a juicio del PCF, que la Segunda República se convirtiera en un estado satélite de Francia y colaborare en el éxito de la ofensiva del ejército francés en el norte de África.<sup>39</sup> Entre continuos rumores sobre operaciones militares conjuntas, Francia intensificó su obra de colonización “par le fer et par le sang” en los territorios del sur de Marruecos que todavía no controlaba. Los enfrentamientos, iniciados en 1931 y concluidos en

---

<sup>37</sup> Herriot era presidente honorífico de la Sociedad de Amigos de España y en el Senado francés se había constituido un nutrido grupo franco-español para intensificar las relaciones entre ambos países. A. Egido, *La concepción...*, *op. cit.*, p. 125.

<sup>38</sup> “L’Espagne”, en E. Herriot, *La France dans le monde?*, París, Hachette, 1933, pp. 99-106.

<sup>39</sup> *L'Humanité*: 19 y 31 de octubre de 1932, p. 3; 1 y 2 de noviembre, portada; 3 de noviembre, portada y p. 3; y 20 de diciembre de 1932, p. 3. “Voyage d’Herriot à Madrid”, en Durand, “La guerre au Maroc”, *Cahiers du Bolchevisme*, 15 (enero, 1933), pp. 90-95. *L'Humanité*, 6 de enero de 1933, p. 3.

1934, fueron especialmente intensos a lo largo de 1932.<sup>40</sup> El resultado más importante fue la ocupación de la región de Tafilalet, conquista que habría contado con el beneplácito de las autoridades españolas. Mientras que la prensa burguesa festejaba este triunfo, los comunistas franceses acusaron a su gobierno de causar un conflicto devastador en el que se habrían utilizando bombas incendiarias. Contra esta política imperialista, el PCF demandaba el cese inmediato de las hostilidades y la evacuación de Marruecos. La colonización sólo favorecía a quienes ocupaban las tierras de los indígenas que les eran expropiadas a cambio de escasas indemnizaciones. Además, los nativos se veían obligados a pagar impuestos que beneficiaban a los colonos al ser reconvertidos en créditos agrícolas. Tampoco estaba de acuerdo el PCF con la aplicación del *Dahir berbère* (1930) que retiraba al sultán de Marruecos la autoridad sobre las tribus de esta procedencia, maniobra del imperialismo francés que buscaba preservar la tradicional autonomía bereber frente a la influencia islámica con el objetivo de facilitar su asimilación y dividir la resistencia del pueblo marroquí. La cuestión bereber y la del conjunto del Magreb sólo podrían ser resueltas por la revolución nacional de Marruecos, objetivo que había llevado al PCF a movilizar al proletariado francés en contra de la política imperialista de su gobierno y de la complicidad española. En su campaña de agitación contra la guerra de Marruecos, los comunistas debían unir a los obreros con los funcionarios, los antiguos combatientes y las viudas de guerra que protestaban por el envejecimiento de sus salarios y pensiones mientras que el imperialismo gastaba millones de francos en la guerra. Con esta táctica, que se recomendaba vivamente a los camaradas españoles, se ganaría al pueblo marroquí como un valioso aliado en la lucha anticolonialista y se debilitaría al imperialismo que perdería fuerza para resistirse a la lucha de los trabajadores de la metrópoli: “cette alliance du prolétariat révolutionnaire de la métropole avec les peuples coloniaux est une condition essentielle de la lutte victorieuse pour le pouvoir en France”.<sup>41</sup>

## Conclusiones

El discurso del PCF sobre el Bienio Reformista estuvo totalmente condicionado por la estrategia del Komintern, la situación interna francesa y la compleja política europea de los años treinta. El comunismo francés había sufrido un intenso proceso de bolchevización que le convertía en un instrumento idóneo para ejercer sobre su homólogo español una labor de tutela y transmisión de las consignas de la Internacional Comunista. La tesis central del mensaje difundido desde Moscú por medio de la disciplinada prensa del PCF era concluyente: la solución a los problemas de España no pasaba por la vía reformista de la República sino por la revolucionaria propuesta por el PCE. El gobierno republicano-socialista no había avanzado en las tareas de la revolución burguesa. Tenía que ser el PCE quien consumara la revolución burguesa para, a continuación, establecer la dictadura del proletariado que desembocaría en el comunismo. Pero la sección española era aún minoritaria para poder agrupar bajo su dirección al movimiento obrero por lo que otro eje de la política informativa del PCF se dirigió a criticar a los “anarchofascistas” y “socialfascistas”. Era preciso captar a sus bases para la revolución bolchevique.

Con el pretexto de convertir al PCE en una fuerza capaz de realizar dicha revolución, la Internacional Comunista llevó a cabo la recomposición de la dirección del Partido, cambio en la cúpula que no causó variaciones sustanciales en la política de los comunistas españoles, salvo una mayor sujeción a las directrices del Komintern. Todo ello se producía en un contexto de consolidación del fascismo que el comunismo interpretaba como la solución adoptada por las fuerzas conservadoras para frenar la revolución y que, en España, se identificaba con una amplia alianza de fuerzas conservadoras que agrupaba a fascistas, monárquicos y radicales, estos últimos núcleo del frente contrarrevolucionario. El PCF, preocupado por el ascenso de las ligas de extrema derecha en Francia, se inquietó ante la consolidación de una opción conservadora al sur de los Pirineos, al tiempo que criticó con dureza la colaboración colonial franco-española que, a su juicio, era resultado del sometimiento del imperialismo español al francés, muy interesado este último en

<sup>40</sup> Yves Denéchère, “La campagne française de pacification dans le Sud-marocain”: la question de la coopération militaire espagnole (1931-1934)”, *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, 199 (2000), pp. 93-109.

<sup>41</sup> Durand, “La guerre...”, art. cit., entrecomillado en p. 90.

que la joven República española apoyara su estrategia en el Mediterráneo occidental y su política de expansión en el norte de África.

Con estos temas como hilo principal de su discurso, el PCF desplegó una política informativa de acoso y derribo de la Segunda República española, fomentando cualquier noticia sobre conflictos que pudiera ayudar a crear un ambiente revolucionario. Fueron habituales las comparaciones con otros gobernantes europeos, fascistas y socialdemócratas, para demostrar la identificación entre fascismo y “socialfascismo”. También la Historia, sometida a la interpretación comunista, proporcionó importantes lecciones: la Primera República para la situación española y las revoluciones de Febrero y Octubre de 1917 para la rusa. Políticos y periodistas de primer orden dentro del PCF -Maurice Thorez, André Marty, Jacques Duclos, Gabriel Péri o Paul Vaillant-Couturier- fueron los encargados de llevar a cabo toda esta tarea. Ello muestra el interés del comunismo francés por la Segunda República española que, sin embargo, no se ha correspondido con el de la historiografía francesa, mucho más preocupada por los sucesos posteriores a julio de 1936.